
Saúl Bellow

Los mitos imaginarios de la ficción

Sergio Nudelstejer

Saúl Bellow (1915-2005) es uno de los mejores novelistas de la segunda mitad del siglo XX. Obras como Las aventuras de Augie March, La verdadera y Ravelstein, por sólo mencionar unas cuantas, conforman una ardua cartografía narrativa rica en matices y esplendores. Sergio Nudelstejer, ávido lector y comentarista de Isaac Bashevis Singer, Kafka y tantos otros, aborda ahora la obra del gran autor norteamericano quien recibiera el Premio Nobel de Literatura en 1976.

El camino de vuelta de una persona a su identidad primitiva es el regreso del exilio espiritual, porque a eso se reduce su historia individual, a un exilio.

S. B.
En su novela, La verdadera

La literatura estadounidense ha sufrido un fuerte golpe con la muerte reciente de tres de sus más expresivos autores: el dramaturgo Arthur Miller, la ensayista y novelista Susan Sontag y el escritor Premio Nobel, Saúl Bellow.

En la literatura del siglo XX no ha habido muchas voces más persuasivas, más inmediatamente identifica-

bles que la de Saúl Bellow. Se podía reconocer en las primeras líneas de cada una de sus novelas, que podían ser desmedidas en su amplitud y dickensiana o cervantina desordenadas en su construcción, y también ceñidas, precisas, con una intensidad tan asombrosa como su transparencia.

El ascenso de Saúl Bellow hasta llegar a obtener los más importantes galardones en el mundo de las letras no ha sido directo. Los lectores que se sienten atraídos por la feroz energía y fantasía de sus obras como *Henderson, el rey de la lluvia* (1959), no siempre reaccionan positivamente ante la profunda introspección de su novela *Herzog* (1964). Los que sienten cierta identificación con

el autor serio y cortés que se evidencia en *El hombre en suspenso* (1944), que fuera su primera novela y en *La víctima* (1947), seguramente se escandalizarán ante el cómico que surge irresistiblemente en algunas partes de *El legado de Humboldt* (1975), el héroe picaresco de *Las aventuras de Augie March* (1953), que es un pillito del Nuevo Mundo, mientras que un anciano del Viejo Mundo ocupa el papel principal de su novela *El planeta de Mr. Sammler* (1970) o su fuerte personaje en *El diciembre del decano* (1982) así como en *Carpe Diem*, obra editada en 1976.

El común denominador que une al extraordinario campo que abarca la ficción de Bellow son ciertas preguntas constantes: ¿Cómo puede un hombre vivir de forma adecuada? ¿De qué sirve la exaltada individualidad que priva en esta era que vivimos si convierte a la sociedad en una selva y deja a los seres humanos aislados entre sí y de su pasado?

Cuando le aconsejan que trate de ser él mismo, ser su personaje de la novela *Las aventuras de Augie March*, replica: siempre he tratado de ser yo mismo. ¿Pero qué sucede si lo que soy por naturaleza no es suficiente? Es en esta novela en la que Bellow según su propia confesión, se abandonó jubilosamente a una inspiración torrencial, a un descaro de invención narrativa que abarca con el mismo impulso lo trágico y lo cómico, y que comprímala en un solo relato, en el tono de una sola voz, los dos polos de su mundo personal y narrativo: el uno, la rememoración de la infancia y la adolescencia en el seno de una familia de emigrantes en aquel Chicago de los años veinte y la Depresión; el otro, la vida ya adulta de cultura americana, con sus tentaciones de abundancia material y sus exigencias de abandono de la memoria y las lealtades del viejo mundo de pobreza, exclusión social y fuertes lazos familiares.

El señor Sammler, sobreviviente de la cultura europea, contempla el resultado de apenas dos siglos de individualismo galopante y observa: “La idea de que el alma es única, es una idea excelente. Pero, ¿en estas formas?, ¿en estas deplorables formas?”.

No es de sorprender, entonces que Bellow sea heredero literal de dos culturas. Nació en un suburbio de Montreal en el año 1915, el cuarto y último hijo de judíos rusos que acababan de emigrar de San Petersburgo. Su padre, hombre educado, se vio obligado a convertirse en pequeño comerciante. Años más tarde, en 1924, la familia se instaló en Chicago. Fue así como Saúl Bellow creció hablando en inglés, en yidish, en hebreo y en francés. Dos veces desarraigado de la tierra de sus padres —y además judíos en la región central del Oeste, predominantemente protestante— Bellow tuvo amplias razones para preguntarse a qué mundo pertenecía.

En aquella época, los más celebrados escritores estadounidenses eran claramente ajenos a la cultura judía:

Faulkner, Hemingway, F. Scott Fitzgerald, John Dos Passos, Thomas Wolfe. La fama gradual de Bellow como escritor que se inició en la década de los cuarenta ayudó en buena parte a cambiar esta situación y al mismo tiempo abrió la puerta para una verdadera galaxia de escritores de origen judío que fueron apareciendo desde entonces.

La obra de Bellow es intensamente contemporánea y firmemente colocada dentro de las direcciones, tendencias y epistemologías que han moldeado la novela contemporánea. Bellow es un escritor intelectual y su sentido de deudas y derivaciones literarias es serio y explícito; son deudas de gran variedad. Hay una deuda con Emerson, con Melville, con los trascendentalistas norteamericanos, y con la herencia del romanticismo europeo. También hay una clara deuda con Theodore Dreiser y la tradición del naturalismo, profundamente poderosa en sus formas optimistas en la ficción estadounidense.

Saúl Bellow se refiere con frecuencia a esa tradición de abrir la novela americana describiendo la propia vida de sus habitantes, mostrando la fuerza caótica de la existencia urbana. La deuda va más allá moldeando la lucha que libra Bellow con la herencia determinista. Sus libros muestran un profundo sentido de intromisión en el medio ambiente, del poder de lo acondicionado, de la vida como una lucha competitiva, caóticamente liberando y suprimiendo energía. Como escritor, se encuentra en un mundo urbano, mecanizado, de masas —en el cual el *yo* puede ser ironizado, desplazado o absorbido por los procesos dominantes y por las leyes sociales, donde la victimización es real y la aserción del yo y su valor humanístico es un eterno problema. Mucho de este punto de vista naturalista lo heredó Bellow de la literatura de los años treinta, al final de los cuales empezó a escribir. Pero lo que hace su obra tan convincente es la profunda penetración en sus ideas del modernismo europeo, especialmente el modernismo en su forma histórica, alerta, postromántica y humanista.

Bellow escribía a partir de cinco elementos básicos: el ser humano en debate con sus ansias y bajezas, su herencia cultural judía plagada de dramas e historia, el ciudadano americano cuya identidad personal se encuentra perdida entre la abrumadora colectividad, un agudo sentido y el conocimiento intelectual de la cultura, el idioma inglés manejado con suprema sapiencia. Léase, entonces su novela *Herzog* si se quiere algo más directo, digerible y existencial, o *El legado de Humboldt* si se prefieren recovecos más complejos y paradójicos, más amargos.

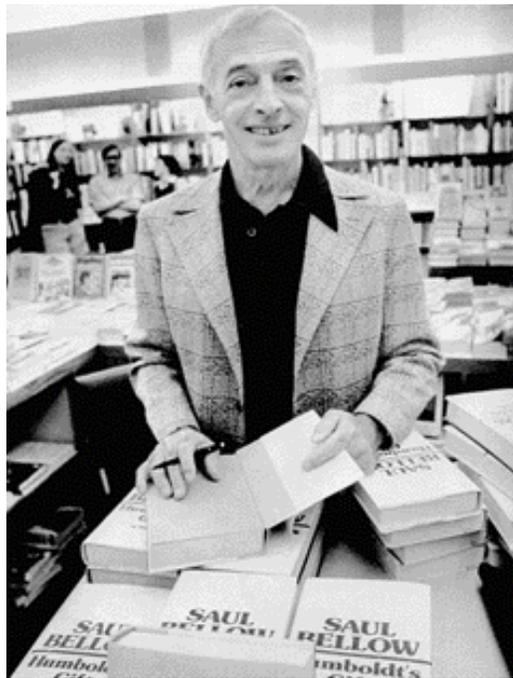
Bellow es un novelista de una generación muy diferente a la de Lewis, Faulkner, Hemingway, Steinbeck o James T. Farrell quienes, en forma diferente, pueden asociarse con la centralización de la novela estadounidense como una forma de expresión máxima de esa etapa del siglo XX. Es un novelista que escribe yendo más allá, ya

que su obra pertenece a un nuevo orden de historia en los Estados Unidos y de historia universal.

Su primer cuento “Dos monólogos matutinos” apareció en el verano de 1941, en la revista *Parisian Review* de Nueva York, una revista ex marxista e intelectual. Sus primeras novelas preceden inmediatamente al ataque japonés a Pearl Harbor que involucró a los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, y unió a sus ciudadanos con esa sangrienta historia. Era una historia que desorientó las expectativas liberales progresistas de la izquierda de ese país, retaba al naturalismo como un idioma de atención política y presentaba la cuestión de la respuesta del arte a un mundo totalitario y genocida. Saúl Bellow respondió escribiendo sobre una nación recientemente expuesta a la historia, afectada por la desesperación del existencialismo y de lo absurdo, dolida por la guerra; urbana, materialista, angustiada y preocupada por una responsabilidad global, luchando para destilar significado y moralidad en medio de un caos de pensamiento utópico y progresivo.

Todo esto es muy aparente en la primera novela larga de Bellow: *Hombre en suspenso*, que apareció en 1944, mientras la guerra llegaba a su fin —un libro extraordinario que muestra claras deudas a una forma de escribir europea moderna con una desorientación romántica que le llega de Dostoievski, Conrad, Sartre y Camus. No es difícil encontrar paralelos entre sus héroes y los de Dostoievski, espiritualmente agonizantes, envueltos en desórdenes políticos y en una fe que lucha con el deseo existencialista; ni tampoco entre su mundo y el de Conrad, donde la civilización es una delgada capa exterior extendida sobre la anarquía y donde aparecen absurdas afirmaciones existencialistas; ni entre sus fantasías y las de Kafka, en las que el yo se mueve poderosamente en un mundo históricamente incomprensible. Empero, parece como si ésta fuera una tradición que Bellow siente que tiene el poder de llevar adelante y aquí sus fuentes judías son muy importantes, pues constituyen otra fuerza que “europeiza” su ficción.

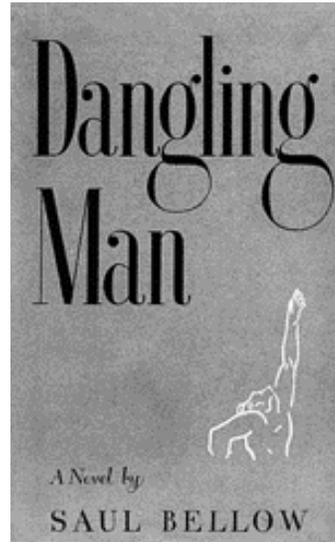
Quizá sea la obra del autor judíoestadounidense Isaac Bashevis Singer, más que la de Franz Kafka, la que sugiera mejor este origen con sus clásicas imágenes de sufrimiento y victimización, llenas de esperanzas trascendentales y místicas, la víctima que se recobra y el “gracioso que sufre”, son parte del material esencial de lo que escribe Bellow, pero también lo es ese sentido humano que le permite luchar por un humanismo posterior y un nuevo civilismo. Es esta nueva urbanidad, acomodando la experiencia de la persecución y el sendero de la sobrevivencia, lo que hizo que Saúl Bellow pareciera una figura tan central en el mundo de la posguerra, en el mundo del postholocausto y en el mundo postatómico, urbano y materialista, donde el naturalismo progresivo y el liberalismo inocente ya no hablaban un idioma reconciliable.



Saúl Bellow

Así pues, Bellow se convirtió en una voz primaria de un tiempo en que el escritor urbano, alertado históricamente y destilando una moralidad y un posible humanismo de una realidad blanda y material, en la que todos los significados sustanciales parecían estar escondidos, éste se colocó en el centro de la literatura estadounidense contemporánea.

Sus novelas nos ofrecen el dominante materialismo de nuestro mundo exterior que significa progreso, sistema y poder; y siguen explorando la conciencia y la mente enfrascada en una batalla con ese poder, mientras buscan encontrar un importante significado humano, una presencia interna y un sentido personal, así como una conciencia de la naturaleza del mundo cósmico. La conciencia y la historia siguen enfrentándose una a la otra, pero en una intimidad siempre cambiante. No cabe duda de que sus libros han cambiado al circunvalar sus propios temas conocidos, al intensificar los elementos, al profundizar en las encuestas. La percepción de Bellow de la naturaleza, de la sustancia y de la presión del mundo histórico ha dado lugar a una nueva definición de una nación postcultural, más claramente manifiesta en su propia ciudad de Chicago, esa “ciudad sin cultura, compenetrada por la mente” —como el propio Bellow lo ha señalado—, mientras su vida ha cambiado, se ha acumulado; mientras las viejas poblaciones y las formas de vida caen en las manos de quienes las están desarrollando, mientras el crimen y el terror rondan a la ciudad, mientras las puertas están cerradas con triple llave y la vida burguesa continúa bajo un sitio en un extraño entendimiento con un nuevo barbarismo humano, y se convierte en la ima-



gen central de lo que la mente y la novela deben aceptar. También es más intensa su percepción del mundo de la conciencia y está ávido de los verdaderos sentimientos; tiene que acudir a la historia para sacar de allí sus versiones de una realidad en una incesante búsqueda de conocimientos y logros.

Los libros de Bellow han registrado una vital atención histórica y estética, tomando la forma de la novela como la forma necesaria de mediación entre el mundo del progreso y el mundo de la conciencia. Siendo un crítico de lo apocalíptico, Saúl Bellow se volvió más apocalíptico; dudaba de los conceptos, y se volvió más conceptual y abstracto, aunque siempre estaba en busca de esos momentos de inmediatez y humanismo cuando el alma siente su presencia y su necesidad de evaluar la existencia. Siendo una voz del liberalismo moral, él se volvió, con los años, más conservador, en un sentido más amplio, se convirtió en un escritor que exploraba el contraste entre un pasado culturalmente coherente y un presente que ya es postcultural. Es un novelista que defiende el humanismo de su novela y que nos ha mostrado, más que la mayoría de los novelistas, los poderes que llevan a un mundo posthumanista y que con ello retan la capacidad de la novela para explorarlo. Sus libros, especialmente los últimos, *La verdadera* (1997) y *Ravelstein* (2001) muestran tanto el reto como la indeterminación de soluciones; en cierto sentido ha sido su indeterminación lo que hizo posible cada una de las nuevas novelas de este autor.

Saúl Bellow obtuvo el Premio Internacional de Literatura en 1965, había logrado los prestigiosos National Book Award en los años 1954, 1960 y 1971, en 1975 ganó el Premio Pulitzer y un año después fue consagrado con el Premio Nobel, antecedido en su país por autores como Sinclair Lewis, William Faulkner, Ernest Hemingway y John Steinbeck.

La Academia Sueca alabó “su ingeniosa ironía” y su “compasión ardiente” y aplaudió a los héroes que caracterizaron sus novelas “por tratar de encontrar la firmeza a en medio de su vagabundeo por nuestro mundo tambaleante, sin renunciar a creer que el valor de la vida reside en su dignidad, no en el éxito”.

Si hubiese que definir su amplia obra literaria, habría que señalar que Bellow es un novelista histórico en pugna con la historia, al grado de que nos sume o justifica; se niega a vernos como meras causas o instancias históricas, y para ello requiere de ese absurdo pero fundamentalmente necesario sentido que es el humanismo o el simbolismo que poseen sus personajes cuando tocan la intensidad, el tiempo del universo espacioso y la presencia de la vida.

Si bien a lo largo de los años la obra de Bellow muestra interesantes virajes y cambios de registro, logró conservar inalterable la coherencia interna del creador malherido en su sensibilidad, o dicho en otras palabras, el severo rigor de su actitud crítica, pesimista y a la vez irónica frente al mundo cuya historia (dos cataclismos mundiales y el símbolo de Auschwitz) lo abruma, y la perversa realidad que trata por todos los medios de entender y, tal vez, de modificar sin la menor ilusión de conseguirlo. El resultado es que el individuo moderno se encuentra cada vez más solo, notoriamente aislado, sumido en el extravío de la paranoia de quien es juez y parte, reconociéndose en un extraño para los demás e incluso para sí mismo ya que la relación con el entorno opera negativamente sobre el desenvolvimiento de su vida personal.

El convencimiento de que hay que asumir los riesgos de vivir la propia vida fue siempre la parte más auténtica en la existencia de Bellow, y lo mantuvo hasta su muerte. ■